

Domingo en Castilla



La otra tarde, uno se metió por Castilla y anduvo andá que te andarás. Esto ocurre a veces. Si el Gigi viene con uno, saca fotos como ésta. Fotos con mucha tierra y poca gente. El domingo de los surcos, el domingo del cielo y el domingo de esas piletas montaraces, hispidas, solitarias. Hijas mías. A una se le arremolinan las pecas en torno de la nariz. Lleva el pelo recogido. Un flequillo largo y escaso, maligno. La otra tiene la melena generosa y descuidada. Una carita de pepóna popular, con los ojos bellos y socarrones. El gesto, un poco torcido, ya. Pero es bonita. O va a serlo. Una camiseta, una blusa de colores, un jersey, una chaqueta y un chaquetón sobre la carne oscura. Hace frío en Castilla los domingos de invierno, cuando no hay nada que hacer y, con la falta de costumbre del ocio, la sangre se queda parada. La niña tiene una pulsera de palo en su mano derecha. ¿Diez años, mejores hijos? «Madrecitas en flor», llamó Machado a niñas como éstas.

Sabemos de las Lolitas precoces que no tienen edad, de las doradas muchachas para quienes el aire en que cantan, o bailan, o rien, se torna celestial. No sabemos apenas de estas Lolitas de aldea, niñas de Castilla, madres de mañana, párvulas con poca escuela y mucha tarea, con poco mimo y mucha malicia. Niñas de tierra que lo aprenden todo, precozmente, de la tierra misma, escuela áspera y mala, madrestra sin regazo. Si algo nos duele de la injusticia social, son, antes que nada, estas niñas de pueblo, o esas otras de ciudad, que trabajan antes de edad y que quiebran su feminidad temprana en ejercicio de mujeres fuertes, cuando sólo son niñas débiles. Ahí están, con la coquetería bruta de su domingo barato, casi sonrientes, en los alrededores del lugar, hablandose de lo que no saben.

Con todo, mañana harán buenas madres. Mejores hijos quisieramos para ellas y para nosotros.

“LA UNION HACE LA FUERZA” UNA DISGRESION SOBRE LA CULTURA

«La unión hace la fuerza» es un programa de Televisión Española que tiene sin duda gran popularidad, aunque las causas de esta popularidad, como luego diré, sean un tanto filísticas. De momento me interesa decir que es un entretenido juego de preguntas y respuestas sobre diversas materias, desde filosofía o religión hasta deporte o prueba de la pura sagacidad personal de quienes a él acuden y una combinación de este ejercicio más o menos «cultural» con la habilidad de un deportista para conquistar una cierta marca o puntuación. Del acierto o srespuestas unido al acierto o superación de las pruebas deportivas nacerá luego la fuerza para conquistar el mayor número posible de puntuación.

Pero todo el mundo—o casi todo, claro está—ve este programa y no necesita más explicaciones seguramente. Solamente aseguran que nada tengo contra él, es una buena manera de hacer pasar un rato agradable como otro cualquiera y hasta de establecer un cierto espíritu de competición noble y fraternal y alegre entre las distintas provincias españolas.

Sin embargo, la verdad es que parte de la popularidad del programa se asienta, más que sobre un alegre y deportivo espíritu competitivo de quienes saben que están jugando, sobre un espíritu provinciano en el sentido exacto del adjetivo que es el de la cortedad o incapacidad mental para pensar en términos humanos y universales sin referencia topográfica y el de sociocentrismo o erección de lo propio como lo mejor y quizás lo único bueno. Para que se me entienda correctamente y nadie pueda molestarse, deso añadir que «espíritu provinciano» nada tiene que ver necesariamente con la vida provinciana, con el hecho de no desenvolver la existencia en la Corte como se decía, ya que con la mayor frecuencia esa Corte ha dado el más espantoso ejemplo de provincianismo mental y el espíritu de orgullo, superioridad y exclusivismo es, por lo pronto, un palmario ejemplo.

Desearía también que los espíritus sencillos captasen bien un detalle del programa que elevado a categoría de símbolo sería otro. Esto es, que primero que a nadie se le había ocurrido que la fuerza muscular o la habilidad técnica están por encima de la inteligencia y pue-

den sacar a ésta de un atolladero. Pero el hecho de que sea el deportista el que «redima» en el programa los puntos fallidos por mmm o ignorancia del equipo que contesta a las preguntas «culturales», conven-gamos en que no es muy ejemplar que se diga.

Con todo, lo que necesita una matización urgente es ese adjetivo de «culturales» o ese sustantivo de «cultura» empleado en el programa y que la buena y sencilla gente ha comenzado a tomarse en serio. Tan en serio que me temo que muchos de los participantes en el programa que probablemente—me es imposible saberlo ahora—tienen una cierta y hasta alta solvencia cultural, pueden haber quedado indebidamente desprestigiados ante los espectadores comunes de la televisión por haber fallado las preguntas propuestas. Sin embargo, estoy muy seguro de que un equipo formado por las más altas mentes de nuestro tiempo, pongamos un Einstein, un Sartre, un Sarpers, un Unamuno, un Ochoa, etc., no hubieran contestado mejor, isno mucho peor. Y es, por ejemplo, bien conocida la anécdota según la cual Einstein tuvo que dejar de hacer sus tareas de física y química a una sobrina suya para impedir la acumulación de ceros en su libro de notas del colegio.

La actitud cultural, la cultura propiamente dicha, nada tiene que ver con un arsenal de pequeñas e intrascendentes noticias, ni, por supuesto, con la recordación exacta e inmediata

de fechas o nombres, o de frasescitas y clichés mentales. Todo esto es más bien la anti-cultura. Es evidente que se necesita tener un cierto caudal de nociones, y conocimientos para no colocar a Carlomagno en el siglo XVII o situar indebidamente el duodeno, y aun un caudal mucho mayor para adentrarse con alguna fortuna en el mundo de la especulación metafísica, la investigación histórica, el mundo de la ciencia o el periodismo serio. Pero el juego de día unión hace la fuerza no es un torneo mental de especialistas y ni siquiera creo que requiere la preparación de aquellos torneos de la antigüedad o la Edad Media en los que Alcuino ganó tantas bolsas de oro. Estas últimas eran verdaderas luchas conceptuales o verdaderas preguntas metafísicas. En las «Vedas», por ejemplo, se nos cuenta que unos monjes a otros se preguntaban: «Te pregunto por el extremo último de la tierra, te pregunto dónde está el ombligo del mundo» o «¿Por qué no descansa nunca el viento, por qué no descansa el espíritu? ¿Por qué nunca se paran las aguas en busca de la verdad, nunca jamás?»

Andando el tiempo, Federico II Hohenstaufen envió una lista de preguntas a Miguel Scotto y al sabio marroquí Ibn Salin. En la lista que envía al primero se encuentran preguntas como estas: «¿Dónde descansa la Tierra? ¿Cuántos cielos hay? ¿Cómo se sienta Dios en su trono? ¿Cuál es la diferencia entre las almas de los

condenados y las de los ángeles caídos? ¿Por qué es salada el agua del mar? ¿Cómo ocurre que el viento sopla en distintas direcciones? ¿Como es que las almas de los muertos no vuelven a la Tierra?, etc. Y la lista de preguntas al segundo es verdaderamente complicada y el sabio marroquí respondió: «Vuestra Majestad hace preguntas idiotas y se contradice».

Y es que realizar una labor intelectual y cultural es algo muy complicado: es poner en marcha una actitud crítica e investigadora, plantearse todo como problema dentro de una visión de conjunto muy lenta de adquirir a base de acumular y sopesar datos. Y en cuanto a nombres, fechas, anécdotas o hechos muy concretos, buscarlos en los libros que para eso son. Pero la tarea intelectual no es para jugar y «la unión hace la fuerza» es solamente un juego en el que ganar importa tan poco como perder. Y se daría una verdadera regresión cultural si con ese programa se resucitasen en mentes muy sencillas los «avilillamientos» o los «sevillismos» y demás pasiones nacionalistas y pueblerinas verdaderamente regresivas desde un punto de vista espiritual: la honra del grupo tribal. O naciese la inguina contra el jurado calificador, muchas de cuyas decisiones en el juego serían harto discutibles desde un plano más serio. Pero se trata de jugar y divertirse. Solamente.

JOSE JIMENEZ LOZANO

Un Imán predica en la catedral de Colonia 500 trabajadores turcos celebraron el final del Ramadán

COLONIA.—Por primera vez en la historia de ambas religiones, se ha celebrado recientemente un oficio religioso en un templo católico. Quientos trabajadores turcos celebraron el final del mes de ayuno, el «Ramadán», con el que comienza el «Beiram», coincidente con el 1.344 aniversario de la huida del profeta de la Meca a Medina. Los oficios religiosos tuvieron lugar en la nave lateral de la Catedral de Colonia, es decir, a los pies de la urna que contiene las cenizas de los tres Reyes Magos. El Imán leyó los libros coránicos y rezó el «Beiram». Este hecho hubiera sido imposible de imaginar antes del Pontificado del Papa Juan XXIII.

Ha tenido que producirse también el viaje de Pablo VI a Tierra Santa, donde fue acogido con todo respeto por las autoridades religiosas judías y mahometanas.

También es verdad que en tiempos pasados vivían pocos mahometanos en Alemania. La mayoría residía, durante una corta temporada y sólo ocasionalmente celebraban sus oficios religiosos en mezquitas en miniatura. Desde que en Alemania occidental trabajan un millón de extranjeros, de los cuales un elevado porcentaje son turcos y norteafricanos, fieles a la religión del Islam, la situación ha cambiado sensiblemente.

En Colonia y sus alrededores trabajan 15.000 turcos, de los cuales 500 asistieron al rezo del Beiram. Sólo una pequeña parte trajo su alfombra para la oración, lo cual demuestra que la mayoría no contaba con poder efectuar sus prácticas religiosas mientras estuviera en Alemania. La alfombra de oración

ción fue sustituida por chaquetas, abrigos o periódicos desplegados.

Las grietas se van cerrando por la obra de la buena voluntad y del mal común de la corriente ateista. Las diferencias se hacen menos visibles y destaca más lo que hay en común.

Quizá haya debido producirse este hecho extraordinario precisamente en Alemania por ser el clásico país de la división religiosa y de sangrientas guerras de religión. Un país que también ha sido desgraciadamente famoso por el orgullo racial que impuso Hitler a una generación, haciéndole tener simpatías según el color de la piel y el origen de la sangre.

En el Concilio Vaticano II los obispos de los países divididos por diversas confesiones han sido más activos en su espíritu ecuménico que aquellos obispos de países conoedores del problema sólo de oídas.

El noble gesto del Cabildo catedralicio de Colonia sólo puede explicarse como consecuencia del espíritu ecuménico de nuestro tiempo.

A. KRAEMER

La educación, problema de siempre

NO vamos a seguir polemizando en torno a los urgentes problemas de la educación, más agudos que nunca, si bien vale la pena esgrimir des-cuidadamente por alguna de las estadísticas que existen, demostrativas de lo mucho que hay que avanzar todavía para considerar a la cuestión de la enseñanza en vías de resolución.

Angel Latorre, en su libro «Universidad y Sociedad», aporta los siguientes datos de incuestionable interés.

En 1962, España dedicó a la educación el 1,8 por 100 del producto nacional bruto. La media en muchos de los países de Europa era entonces del 4 por 100. En los países del área mediterránea (Grecia, Italia, Portugal, Turquía y Yugoslavia), del 2,3 por 100, y en Italia, concretamente, del 3,4 por 100. En 1961, el 746 por 1.000 de los

niños entre cinco y 14 años estaban escolarizados. En Inglaterra, por ejemplo, robaba la totalidad, el 988 por 1.000. El porcentaje nacional no es excesivamente alarmante, desde luego, pero sí que son sintomáticas las cifras que siguen. Para el grupo de edad de 15 a 19 años, la escolaridad en España es escasa, el 97 por 1.000. Veamos, en panorámica, la que existía en otros pueblos: 157 en Italia y 308 en Francia.

No es extraño—sigue diciendo el mismo autor—en estas circunstancias que el criterio selectivo para los niveles superiores de enseñanza siga siendo, fundamentalmente social: las categorías de menor renta (colonos, braceros, artesanos y jornaleros) sólo significan un 5 por 100 de la población total universitaria. El estado de la enseñanza corresponde fielmente al del nivel de educación del país. Se-

gún cálculos de 1960, el 1,7 de la población activa tenía un nivel superior de instrucción, el 3,8 un nivel medio y el 85,5 habían recibido alguna instrucción primaria; el 9 por 100 no había recibido ninguna.

Otra fuente de información, la Unesco concretamente, ofrece un estudio comparativo del presupuesto que diferentes países dedican a la enseñanza. Es éste, referido a 1957-58: España, 2,7 dólares «per capita»; Ghana, 4,2 dólares; Portugal, 4,3 dólares; Colombia, 8,7 dólares; Italia, 12,9 dólares; Polonia, 18,9 dólares; Bélgica, 46,4 dólares; Suecia, 60,7 dólares; Rusia, 113 dólares; Estados Unidos, 92 dólares; Japón, 137 dólares.

Con el Plan de Desarrollo se piensa llegar a 4,04 por 100 de la renta nacional para el año de 1970.

En el bienio 1962-63, en rela-

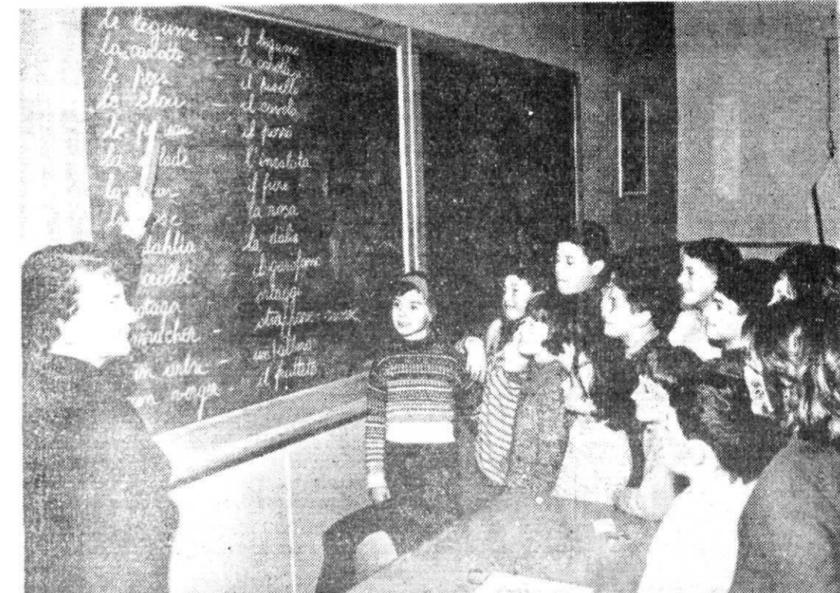
ción con los presupuestos generales del Estado, los porcentajes dedicados a la enseñanza han sido éstos: Ministerio de Educación, 8,2 por 100, Patronato de Igualdad de Oportunidades, 1,3 por 100; en total, el 9,5 por 100. Para el bienio 1964-65, este porcentaje llega al 9,62 por ciento.

Se calculan en 350.000 niños, menores de 12 años, los que no asisten a la escuela. Las cifras del analfabetismo integral han descendido notablemente, aunque es motivo de preocupación el otro analfabetismo «técnico», en el que están incurridos millones de españoles, capaces de leer malamente y garrepatear su firma.

La población escolar de España ofrece características dignas de destacarse. Observemos cualquier curso, por ejemplo el 1961-1962. En el mismo, 3.750.000 escolares recibieron enseñanza primaria. El bachillerato general lo siguieron 1.318.000 alumnos. Y ya el resto de las cifras acusa bajas sensibles: a las Facultades universitarias acudieron unos 65.000 alumnos, y a las Escuelas de Comercio, 24.000.

Estos datos, tomados un poco a vuelo de pluma y sin sistema, acusan las poco atractivas condiciones en que la enseñanza está funcionando. Cuando se habla del nivel cultural de los pueblos, imposible resulta el relacionar el mismo con sus programas culturales. Alrededor de un 95 por 100 de los españoles no han completado plenamente su ciclo educacional, y ello ha de advertirse en lo que llamariamos «impasse» social.

FERNANDO MENDY



Miscelanea Casa SANTAREN

UNA NEOYORQUINA TOMA LOS HABITOS DE MONJA BUDISTA

TAIPEI.—Una joven norteamericana de 21 años de edad, tomó los hábitos de monja budista el 10 de enero, en una ceremonia realizada en un convento de Taiwan, durante la cual se le afeitó la cabeza. En la ceremonia de ordenación, que duró una hora, se proclamó formalmente la transformación de la señorita Virginia Aitken en la reverenda Ming Chueh, que significa «Brillante Recepción».

En la ceremonia en el Yung Hsiu Tsing Sheh (convento del Eterno Cultivo del Yo), situado en Hsinchu, 56 Km. al sudeste de Taipei, estuvieron presentes unas cincuenta personas, entre ellas dos misioneros cristianos norteamericanos. Presidió la ordenación la reverenda Sheng Fwang, superiora del convento.

La señorita Aitken, de Rochester, N. Y., se convirtió al budismo hace ocho años, después de haber leído un artículo en una revista sobre el Dalai Lama del Tibet. El lamaísmo es la rama del budismo que practican los tibetanos y mongoles. Desde entonces ha leído y estudiado la filosofía budista, y renunció a comer carne hace tres años.

Su viaje a Taiwan fue organizado por Li Heng Yuch, profesor de Ciencias del Instituto de Electrónica de la Universidad Nacional Chiao Tung y devoto budista, quien en 1963 dictara conferencias sobre budismo en Estados Unidos.

El profesor Li dijo que la señorita Aitken estaba predestinada a ser budista, pero el camino de una muchacha norteamericana hacia esa religión no está exento de obstáculos. Sus padres se opusieron y trataron de disuadirla, cosa que casi lograron. Sólo y ahorrando su hogar, dejó el convento y llegó a Taipei con la intención de regresar a Estados Unidos, pero justo antes de subir al avión recordó un pasaje de «El sabio siempre está libre de perplejidades; el bondadoso, de ansiedad; el valiente, de temores». Siguió a esto una lucha interior y decidió quedarse.

Cuando llegó al convento de Hsinchu, compró unas tijeras y se cortó el pelo. Esta muestra de firmeza conmovió tanto a la reverenda Sheng Kwang, que accedió a ordenarle monja, a pesar de que el noviciado suele ser de dos años.

Ahora ha cercenado sus vínculos con el mundo. Como reverenda Ming Chueh, se pone el hábito todas las mañanas a las cuatro para hacer sus quehaceres y dedicarse al inacabable estudio de los sutras.

Tres norteamericanos también se han hecho monjes. En 1961 ingresaron en el sacerdocio budista en Taiwan el reverendo Susidhi, de California; el reverendo Subhadra, de Michigan; y el reverendo Iru Price, de Oregon.

El budismo promete la salvación por el mérito, la fe y la luz interior. La influencia del budismo en la vida china es muy grande, si bien esta religión se originó en la India.

En Taiwan, la Asociación Budista China tiene sólo 35.935 afiliados, pero el número de devotos asciende a millones. Hay 1.875 establecimientos budistas de distinto tipo, a cargo de 863 monjas de los chinos no afiliadas y 1.359 monjas. La mayoría de los chinos no afiliados a otras religiones, se consideran budistas.

EL CABALLO DE TROYA

Otra vez la competencia

LA defensa de la competencia, admitida sin ambages y sin reservas, es algo encomiable y nada hay que oponer a esta actitud. Pero, ¿existe prácticamente la competencia? ¿Se respetan las reglas de ese bello «fair play» cantado por los nostálgicos apologistas de la llamada libre empresa?

Galiani, en «Pueblo», acaba de hacer unas precisiones en torno al tema, que no me resisto a transcribir. Dice este comentarista, muy agudamente, que es sabido que el beneficio se justifica únicamente con la asunción del riesgo. Cuando no existe riesgo alguno ni incertidumbre en una empresa, el beneficio carece de justificación lógica, y la remuneración del empresario se asimila y confunde entonces con las demás rentas (sueldos, dividendos, intereses o rentas patrimoniales).

El riesgo es, por tanto, la bonita bandera de la empresa. Y, desde luego, existe, aunque el mismo haya sido multiplicado sobre la mediana y pequeña empresa, por lo general, practicanes de esta función de la competencia y el riesgo. Pero, como se pregunta Galiani, ¿existe riesgo alguno cuando el mercado está dominado por un monopolio u oligopolio que fija sus precios

con independencia de los imperativos de la competencia? Esta es, sin embargo, la situación de nuestro país para la mayoría de los sectores productivos.

No existe la competencia, entendida como arma legítima de lucha, puesto que los monopolios fijan sus condiciones al margen de la misma, factor de extraordinaria importancia a la hora de juzgar fenómenos, tales como las subidas incontroladas de precios.

La concentración del monopolio es intensa, afectando a aquellas ramas de la producción nacional en las cuales las repercusiones de cualquier aumento de precio inciden directamente sobre el coste de la vida. Ocurre otra cosa a este respecto. Y es el adelantamiento que—en relación con salarios e impuestos—ofrecen siempre los precios de monopolio, con lo que, una vez consumados los relativos avances en los sueldos, éstos han visto diezmada su eficacia adquisitiva.

Veamos, por ligera muestra, algún ejemplo. La ley de Reforma Tributaria creó el llamado Impuesto sobre Tráfico de Empresas, y el mismo, nos atrevemos a creer que la mayoría de las veces, repercute directamente sobre el consumidor. Si se

acentúa la presión fiscal, como ha venido ocurriendo en los últimos tiempos, cualquier producto se verá incrementado con la parte alícuota de la exacción, cuando no existe una curiosa prevención en los sectores de la producción que eleva aún más el coste de los bienes de consumo, en hipotética previsión por futuros impuestos, gabelas u otros determinantes del encarecimiento del producto.

La absorción no existe en muchos casos. El reparto social de las cargas es, de esta forma, escamoteado limpiamente. Dos factores concurren, básicamente, en la fijación de los precios de costo: material empleado y gastos generales, entre ellos los de personal e impuestos.

Si la tan traída y llevada competencia dejara de ser una entelequia, en cualquier ramo comercial, industrial o de los servicios, la lucha por la conquista de los mercados obligaría a una continuada depuración de calidades y precios. Con ello, posiblemente, se absorberían los aumentos de coste (impuestos y personal), evitando trastornos circulatorios tan graves como los de la inflación. Al carecerse de una competen-

(Segue en la página 18)